

OCEANOS
DE
TIEMPO

JERÓNIMO
TRISTANTE
OCÉANOS
DE
TIEMPO

LOS DIARIOS SECRETOS DEL DOCTOR DÉCIMUS LENOIR

algaida



Primera edición: 2024

© Jerónimo Tristante, 2013, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-906-8

Depósito legal: SE. 1.387-2024

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

INICIA EL RELATO DON
AUGUSTO DE LA ORDEN

Buenos Aires, agosto de 1937

Me dispongo a escribir estas líneas cuando siento que las fuerzas comienzan a abandonarme, con mi país desangrado por una guerra horrible entre hermanos y hallándome lejos de casa, de un hogar y unos amigos que, por desgracia, nunca más volveré a ver. Quiero hacer referencia a los extraños sucesos que en relación con el doctor Décimus Lenoir y su desventurado hijo acaecieron en la villa de Madrid, allá por el año 1885, coincidiendo con una de las peores epidemias de cólera que recuerdan los siglos. Tuve conocimiento de ello cuando me iniciaba yo en el mundo de la medicina, después de haber seguido las enseñanzas del eminente doctor Freud, del mítico Breuer y del bueno del profesor Charcort. Con estos antecedentes fui recibido con gran expectación en la Facultad de Medicina de Madrid, pues era entonces la psiquiatría disciplina que gozaba de la simpatía de las mentes más preclaras del país y, a

qué no decirlo, de la curiosidad del vulgo, siempre aficionado a todo aquello relacionado con la mente, con lo truculento y con el mundo del delito.

Y es que desde el primer momento me especialicé en el estudio de la mente criminal, y para ello me entrevisté con más de seiscientos delincuentes y asesinos. Así fue como, rebuscando en archivos y releendo periódicos atrasados, tuve conocimiento del inquietante caso del doctor Lenoir. Los extraños acontecimientos relacionados con el asesinato de su hijo de corta edad, lo escabroso del asunto y el hecho de que el detenido ejerciera la profesión médica constituyeron un macabro cóctel que provocó que la prensa más sensacionalista se hiciera eco, y llamaran la atención del gran público por un suceso que, aún hoy, está sin resolver.

Cuando me interesé por la suerte del antaño prestigioso doctor Décimus Lenoir —fue por el año 1892, es decir, siete después de que se produjeran los hechos— me sorprendió la actitud enormemente colaboradora de las autoridades pues, al parecer, el detenido, que se hallaba recluido de por vida en el manicomio, no había podido aclarar alguno de los aspectos más sombríos del caso porque había perdido totalmente la razón.

La gente de la calle había terminado por asociar el origen de la epidemia de 1885 con aquellos desgraciados sucesos, por lo que gracias a un prestigio que comenzaba a crecer, fui recibido como una especie de salvador que podría aclarar aquel misterio.

Después de leer lo que pude sobre el caso y tras ojear los informes que las autoridades sanitarias me proporcio-

naron sobre Décimus Lenoir, me dirigí en un coche de punto hacia el manicomio de Santa Isabel, sito en Leganés. Pese a hallarme familiarizado con este tipo de instituciones, debo decir que me causó cierta impresión el deplorable estado de aquellas instalaciones, el hacinamiento de los internos, el olor a orina y a heces, así como los espeluznantes gritos de aquellos desgraciados. Recuerdo a los locos a cientos revolcándose en la tierra del patio mal vigilados por apenas una docena de guardianes armados con cachiporras que se comportaban de forma brutal con aquellos pobres desgraciados, una multitud de tipos desnutridos y consumidos por piojos y pulgas.

El doctor estaba recluido en una celda de castigo, al final de un pasillo inquietante en el que, junto a él, permanecían enjaulados algunos especímenes a los que con el paso del tiempo terminé por conocer e investigar a fondo. Debo decir, sin miedo a faltar a la verdad, que en los años en que fui director de aquella casa, las condiciones de vida de los internos mejoraron muchísimo y que se lograron progresos en materia de la higiene y la nutrición de los pacientes, el uso de la farmacopea más avanzada y el desarrollo de mejoras en las instalaciones para asegurar el descanso de mentes tan perturbadas como aquellas. Pero esa es otra historia sobre cosas que ocurrieron después, y aquella era mi primera visita al manicomio de Leganés en el que tantos y tantos años de mi vida invertiría tiempo después.

Cuando llegué a la última celda me encontré con un tipo de melena leonina, vuelto hacia la pared y embutido en una inmensa camisa de fuerza. Estaba sentado en un banco al que permanecía encadenado y, al oír el chirrido de la lla-

ve que entraba en la cerradura, se volvió y me dirigió una mirada triste, de animal herido, aunque a su manera denotaba cierta curiosidad.

—Soy Augusto de la Orden —dije a modo de presentación quitándome el sombrero.

Pese a la insistencia del director y de dos guardianes que me acompañaban, decidí quedarme a solas con él. Nunca había sido miedoso, y como estaba encadenado, no podía hacerme daño alguno. Me senté frente a él y esperé a que nos dejaran a solas aunque, eso sí, mantuve a mano el silbato que me habían dado para avisar en caso de emergencia.

Décimus Lenoir era un hombre imponente. Pese a que la baba le resbalaba por la comisura de los labios, a que llevaba una barba digna de un presidiario condenado a galeras y a que hedía de forma insoportable —no en vano su pantalón mostraba una mancha sospechosa, húmeda, a la altura de la ingle—, me pareció que aquel hombre debía de haber sido alguien en el pasado, ya que se notaba cierta majestuosidad en su porte, en su mirada.

—Usted dirá —dijo, para mi sorpresa, con voz de hombre completamente cuerdo.

—Soy médico psiquiatra —proseguí.

—Encantado. Yo, especialista en enfermedades infecciosas.

¡Inaudito! Aquel tipo que estaba ingresado para siempre en un manicomio, un asesino que había sido condenado por un crimen atroz que pasaría a los anales, la mente asesina más compleja e inescrutable de nuestro siglo, se permitía el lujo de hablarme como si fuéramos colegas. Decidí aprovechar esa ventaja.

—Vaya, pues entonces nos entenderemos. Ya sabe, entre colegas...

—No me venga con idioteces, pollo. Esa jugada ya me la han hecho. Por ahí va mal.

—¿Cómo? —exclamé intentando disimular mi perplejidad.

—No se azore, joven, no se azore. No estoy loco. Me ingresaron por un crimen que no cometí. Han pasado por aquí decenas de doctores, y muchos intentaron hacerse los simpáticos jugando esa misma baza, la de la empatía entre dos colegas de profesión.

Me quedé de piedra al verle expresarse en aquellos términos. Había tratado con muchos locos, algunos de ellos inteligentísimos, pero nunca me había encontrado con un caso como aquel, con un tipo que, bien vestido, aseado y peinado, habría podido pasar por una persona normal, cuerda y razonable.

—Cierre la boca —añadió—. Le digo que no estoy loco.

—¿Entonces? ¿Las cadenas?

—Me pongo violento cuando intento razonar con ellos y no llego a ningún lado.

—Ya. Razonar... dice.

—Sí.

—¿Podría... intentarlo conmigo?

—Sí, claro.

Entonces se encendió una pequeña luz en mi mente.

—¿Fuma usted?

—Sí, lo hacía.

—¿Le gustaría volver a hacerlo?

—Daría lo que fuera por un buen cigarro.

Al momento saqué un excelente habano del bolsillo de mi levita y, asegurándome de que no había moros en la costa, lo encendí. Pensé que los guardianes podrían oler el aroma, pero era tan pesado el ambiente en aquel pabellón que me pareció oportuno arriesgarme. Sujeté el cigarro mientras el preso daba la primera calada.

Exhaló el humo entrecerrando los ojos de placer.

—Tengo que salir de aquí... Ya sabe, recuperar estos pequeños placeres cotidianos.

—¿Otra caladita?

—Sí, por favor —dijo. Era un buen comienzo.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó.

—Por lo de... hacerme razonar...

—Ah, sí, comencemos.

Entonces reparé en que no podría tomar notas hallándome con las manos ocupadas en sujetarle el cigarro, pero convine en que era mejor así, para relajarlo. La experiencia me había demostrado que si se trataba bien al demente, este solía colaborar más. Intentaría memorizarlo todo y tomaría nota al salir de aquel horrible lugar.

—Yo no estoy loco.

—Ya, me lo ha dicho.

—Aunque en principio esto me ha beneficiado, luego, en realidad, me ha perjudicado.

—No le entiendo.

—Sí, perdone, tiene usted toda la razón. Me he expresado mal. Intentaré explicarlo mejor: quería decir que yo fui procesado por asesinato y declarado culpable. En condiciones normales me habría caído el garrote y quizá habría

terminado siendo ejecutado por las características del crimen que, insisto, no cometí. Es por esto que digo que debería sentirme afortunado por estar aquí como demente y no verme bajo la mano del verdugo, ¿me sigue?

—Sí, claro.

—Pero la realidad es bien otra. El que me dieran por loco me ha salvado la vida, sí, pero preferiría que mi suerte hubiera sido la de un hombre cuerdo, vamos, que me hubieran declarado responsable de mis actos y que me hubieran ejecutado.

—¿Cómo?

—Nada me liga a este mundo.

—Comprendo, perdió usted a su mujer antes de volver de las colonias... Y luego, con estos desgraciados sucesos de los que usted se declara inocente... a su hijo.

—No quiero morir por eso. La misión que tenía que cumplir fue llevada a cabo, pero lo de mi hijo es otro caso bien diferente.

Debí de poner cara de no entender nada porque me dijo:

—Se ha perdido, ¿no?

—Más o menos.

—Pues pregunte, mozo, pregunte... y deme otra caladita, por favor.

—Si le soy sincero, don Décimus, me da miedo que usted se me enfade si pregunto. —El doctor Lenoir hizo un gesto con la mano para que prosiguiera, así que me armé de valor para continuar—. Usted afirma que fue condenado por asesinato pero que es inocente.

—Correcto.

—No obstante, según consta en el atestado, cuando la policía le sorprendió en la casa de la calle Huertas, usted había quemado unos restos humanos que correspondían a un varón de unos ocho años a quien se le había seccionado la cabeza y extraído el corazón.

—Exacto.

Parecía imperturbable.

—¿Y? No se enfade, pero no le entiendo. ¿Quién asesinó a su hijo?

—Un monstruo.

—Luego, no fue usted.

—No, no, ese cuerpo no pertenecía a mi hijo. Supe que había puesto el dedo en la llaga.

—Ya. Y ¿a quién pertenecía?

—Se lo he dicho, a un monstruo. ¿Ha visto usted al mal de frente?

¿Sabe lo que es encontrarse cara a cara con la maldad en estado puro y, además, encarnada en la imagen de la mismísima inocencia? ¿Se hace usted una idea?

Noté que comenzaba a agitarse. Le ofrecí otra caladita. No era la primera vez que veía algo así: son raros los casos similares pero había conocido algunos: familiares que matan a un allegado porque lo creen poseído por un espíritu maligno. Creen hacer un favor a sus seres queridos pues su demencia les hace llegar a la conclusión de que sus cuerpos se han convertido en la envoltura terrenal de un engendro maligno. No era nada nuevo.

—Si lo he entendido bien, usted afirma que aquel cuerpo no era de su hijo.

—No.

—Y entonces ¿quién era?

—Ha tenido muchos nombres a lo largo de los años.

—Ya, y era un monstruo, un ser maligno...

—Exacto.

—Y usted tuvo que eliminarlo.

—Sí.

—Por eso lo de la cabeza, lo del corazón, lo de quemar los restos...

—Completamente de acuerdo.

—Pero usted es consciente de que la policía, la prensa, el juez y la opinión pública piensan que aquel era el cuerpo de su hijo.

Asintió, visiblemente apesadumbrado.

—¿Y no lo era?

—¡No! ¡Le digo que no!

—Ya, ya, pero comprenderá usted que es mucha casualidad. Usted tenía un hijo de esa edad y... —Vi de reojo que comenzaba a sollozar—. Tiene usted que entender que le acusaran...

—Lo sé, lo sé —dijo—. Pero ese no era mi Obdulito.

—Era el monstruo.

—Sí.

Quedamos en silencio. Décimus Lenoir lloraba e hipaba como un niño pequeño.

—Doctor Lenoir... Si su hijo no era el niño que usted mató, entonces ¿dónde está?

Décimus Lenoir me miró desde el fondo de sus profundos ojos grises, haciéndome estremecer.

—Ese es mi problema, pollo, por eso quiero morir.

—No le sigo.

—Ese monstruo... Deme otra calada, hombre de Dios. Ese monstruo contaminó a mi hijo. ¡Mi hijo! ¿No lo entiende? Está ahí fuera, convertido en un ser maligno, infectado, atacando a la gente como una bestia... ¡Mi hijo! ¡OBDULITO!

Al ver que comenzaba a aullar como un lobo pensé en tocar el silbato, pero no fue necesario. Los pasos de los guardianes resonaban ya por el pasillo. Corrían. Los demás locos comenzaron a aullar como lobos. Aquello era, simplemente, espeluznante.

—¿No lo entiende? ¿No lo entiende? Está ahí fuera y me retienen. Yo no puedo... no podría acabar con él... pero sé quién sí... Tengo que salir, ¿saben? ¡TENGO QUE SALIR!

Los guardianes entraron en tromba y se lanzaron sobre él. Detrás venía un enfermero con una inmensa jeringuilla. Aquello fue demasiado para mí. Salí a toda prisa de la celda, del pabellón, del manicomio... Respiré el aire puro y me sentí aliviado.

Cuando subí en un coche de punto para volver a la ciudad aún resonaban en mi mente sus gritos. Recordaba sus últimas palabras, delirios de loco, que me alcanzaron cuando yo ya iba por el pasillo: «¡La caja, la caja, todo está en la caja!».

Reconozco que aquella noche no pude pegar ojo. Bien era cierto que había leído e incluso conocido casos similares, pero aquel me llamaba la atención sobremanera.

No era la primera vez que la locura impulsaba a algún paisano a matar a un familiar tras algún acto brutal de exorcismo, a su esposa y a sus hijos por creerlos poseídos por

todo tipo de espíritus o criaturas malignas. No, aquello no era algo completamente nuevo.

Pero este caso era diferente, el doctor Décimus Lenoir era un hombre brillante. No entendía por qué se había vuelto loco de aquella manera.

¿Cuál era la razón?

¿Qué llevaba a un intelecto distinguido a comportarse de esa forma ruda, brutal? ¿Por qué unos hombres se convertían en asesinos, en depredadores, y otros no? ¿Cuál era el detonante? ¿Era algo hereditario?

¿Dependía del tamaño, de la forma del cráneo? ¿De sucesos desgraciados acaecidos en una infancia dura y cruel? ¿De una mala alimentación, de enfermedades sufridas a lo largo de la vida?

La experiencia me demostraba que no, que no había regla fija. Me obsesionaba encontrar un patrón, una pauta. Y si alguien se salía de todas las estadísticas, si alguien rompía cualquier atisbo de racionalidad, de norma, a la hora de poder predecir qué convertía a los hombres en criminales, ese era el doctor Décimus Lenoir.

Me levanté a eso de las tres de la madrugada y me puse a trabajar aun a riesgo de ganarme una severa reprimenda de mi patrona, que me cuidaba como una madre y me obligaba a dormir ocho horas diarias.

Con toda la información de que disponía, y tras la visita al manicomio, podría desarrollar un currículum bastante fidedigno.

Décimus Lenoir era hijo de un prestigioso médico de la marina francesa que casó con una ciudadana británica. Había crecido viajando por todo el mundo: Filipinas, la India,

Sudáfrica, Estados Unidos... Raro era el país que no conocía. Por azares del destino, tras decidir seguir la carrera del padre, sentó la cabeza en La Habana donde se casó con una bella criolla, Inés de Huéscar y Vicente. Se decía que era mozo vigoroso, de cabello castaño y abundante, alto, robusto y de bellos ojos azules. Nos las veíamos con un hombre de mundo, viajado, políglota (hablaba francés, inglés, español y latín) y por ende especialista en enfermedades infecciosas de origen tropical. Es precisamente por esto que no pudo asumir la muerte de su amada por una epidemia de cólera cuando su hijo pequeño contaba tres años, así que acabó recalando en Madrid, donde sus cuñados lo ayudaron a instalarse con comodidad, permitiéndole hacerse con una buena cartera de clientes a la vez que podían echarle una mano en la siempre dura tarea de cuidar a un niño pequeño y sin madre.

Puso casa el bueno del doctor en la calle Huertas, donde tomó a su servicio un cochero, dos doncellas y una cocinera. De inmediato contrató una institutriz competente, joven y bella, que había de hacerse cargo de la educación del niño que él tanto quería, Obdulio.

Un poco antes de que se desatara la epidemia de cólera que azotó la capital de España en el año 1885, Décimus comenzó a comportarse de forma algo extraña: salidas nocturnas a deshoras, raras compañías... Incluso protagonizó un incidente en un cementerio acompañado de Riesco, un cura navarro que ya había dado problemas de disciplina al obispo de su diócesis, y de un tal Reinaldo Urdiales, un venezolano excéntrico amante de lo esotérico y con costumbres extravagantes. Aquellas evidentes señales de alarma no pudieron evitar lo que luego sucedió.

Poco tiempo después se produjo la tragedia: alertada por un horrible hedor a carne quemada que denunciaban los vecinos, la fuerza pública se personó en casa del doctor Lenoir, donde fue sorprendido prendiendo fuego a unos restos humanos. Resultaron ser de un niño al que previamente había decapitado y sacado el corazón. No hizo falta buscar mucho para identificar a la víctima: era su propio hijo, Obdulio. Algunos aventuraban que lo había hecho por evitar que la criatura cayera, como su difunta madre, enfermo de cólera, pues la epidemia que assolaba Madrid en aquel momento había excedido la capacidad de las autoridades para proteger a los ciudadanos.

El acusado afirmó, muy sereno, que el cuerpo no pertenecía a su hijo, sino a un niño que vivía en aquella misma calle, pero al personarse los agentes del orden en la casa indicada, comprobaron que sus moradores, un matrimonio extranjero y su hijo, se habían mudado hacía unos días tras incendiarse una parte de su vivienda.

Obdulio no apareció, claro está, por lo que se determinó que aquellos restos no eran sino suyos y se condenó al doctor como lo que era, un demente.

La historia me pareció interesantísima y el propio Décimus Lenoir un tipo digno de estudio. Resolví averiguar más sobre él. En algunos panfletos se había llegado a insinuar que podía haber mantenido una relación sentimental con la bella institutriz de su hijo, Helena Amate. Era un principio. Me entrevistaría con ella para poder saber más sobre aquel hombre. Estaba decidido. Con las primeras luces del alba caí rendido por el sueño.

Localizar a Helena Amate me costó dos mañanas completas. No fue fácil, la verdad. Acudí a varias agencias de las que proporcionan institutrices e incluso a distintas academias de enseñanza y al segundo día di con una de ellas, cerca de la calle Carretas, que se había encargado de colocar a la desgraciada institutriz que por aquellos días rozaba ya la treintena. Trabajaba para la familia de un diputado a Cortes catalán que había fijado su residencia en el barrio de Salamanca, por lo que me presenté en la casa y tendí mi tarjeta a la sirvienta que me abrió la puerta. Ella no salió a verme, me envió de nuevo a la fámula con un recado: «¿Nos conocíamos de algo? ¿Habíamos sido presentados?». Yo repuse que estaba allí por Lenoir, por lo que la criada volvió con una nota manuscrita que decía: «Aquí no, por favor. Esta tarde, a las siete en el Salón del Prado».

Asentí y salí de aquella casa sin reparar en que no sabía qué aspecto tenía la joven ni ella conocía el mío, pero la ansiedad nos hace perder a veces la capacidad de raciocinio.

Me presenté a la hora prevista en el Salón del Prado, lugar en el que cada tarde se daba cita lo más granado de Madrid para pasear, sin saber cómo podría identificar a la dama en cuestión. Llevaba bajo el brazo para ello el volumen segundo de los *Estudios sobre la histeria* de mi admirado Sigmund Freud, aunque no tenía muy claro si aquello daría resultado. Al poco vi a una joven, alta, delgada y con una elegancia innata al caminar, que se aproximaba a un caballero mostrándole una tarjeta mientras él negaba con la cabeza. ¿Sería ella?

Me acerqué y me miró.

—¿Don Augusto?

Asentí.

—¿Helena?

Ella sonrió. Nos dimos la mano.

—Quería hablar conmigo, ¿no?

—Sí, así es. ¿Paseamos?

Le ofrecí el brazo y comenzamos a caminar en dirección a las Cuatro Fuentes.

—Soy psiquiatra.

—Sí, lo pone en su tarjeta.

La miré de reojo y me pareció que era una mujer de gran belleza, aunque ojerosa y macilenta. La vida no la había tratado bien. Era evidente.

—Estoy estudiando a un conocido suyo...

—Décimus —dijo sin poder evitar que un rictus de dolor se asomara a su rostro.

—Fueron ustedes buenos amigos.

—En efecto.

—Se dice que ustedes... si me permite...

—No se azore, querido amigo, estábamos prometidos. Iba a hacerse oficial cuando aquella maldita epidemia...

—Lo siento, de veras. Debió de ser muy duro.

—No se hace una idea. Verle descender hacia la locura fue horrible, horrible.

Decidí alejarla del gentío y le propuse dirigirnos hacia la plaza de las Cortes.

—¿Le parece si tomamos un café o una taza de té? Así hablaremos con más tranquilidad.

Ella se detuvo y me estudió con atención. Estaba intentando averiguar qué pretendía.

—Me gustaría poder tener todos los datos en la mano, ya sabe, sobre Décimus. Quizá así podría ayudarle.

Ella volvió a apoyarse en mi brazo y continuamos. Le propuse ir al café Iberia y accedió. Una vez sentados, y tras pedir dos tazas de té, saqué mi bloc de notas. Ella pareció sobresaltarse.

—Tengo que ser metódico.

—¿No será usted por un casual... periodista?

Yo sonreí.

—Claro —dije—, es normal, solo ha visto usted una tarjeta mía. Bien podría ser falsa, pero le doy mi palabra de caballero de que mi nombre es Augusto de la Orden. Si quiere usted, podemos aplazar la entrevista y ordenaré que le manden mis credenciales desde la Facultad de Medicina. Enseño psiquiatría.

—Es usted muy joven, ¿no?

—Tengo veintiocho años.

—Vaya.

Quedó en silencio. Mirándome. No me hacía gracia la perspectiva de aplazar la entrevista otras veinticuatro horas; me había costado trabajo hallarla y me consumía la curiosidad.

Trajeron el té.

—Pregunte —dijo en cuanto quedamos a solas.

—Veamos... —dije ojeando mis notas—. Usted entró al servicio del doctor Lenoir al volver este de las colonias...

—Sí, yo era muy joven. Apenas veintidós años. Su hijo le preocupaba muchísimo, y yo le causé una grata impresión pues, pese a mi juventud, tenía buenas referencias. Se instaló en la calle de las Huertas, justo enfrente de un in-

mueble en que residían la hermana de su difunta esposa y su marido.

—¿Cómo se llamaban?

—¿Sus cuñados? Doña Angustias y don Germán. Tenían tres hijos, los primos de Obdulito. Dos mellizos de siete años y una niña de cinco.

—¿Obdulio tenía...?

—En aquel momento, cuando yo empecé a trabajar con él, seis años.

—Bien. ¿Por qué cree que lo hizo? ¿Por qué lo mató?

—No lo sé —dijo suspirando—. Nadie puede saberlo. Comenzaron a estropearse las cosas.

—¿Entre ustedes?

—No, no, precisamente se me declaró en aquellos días. —Noté que sus ojos brillaban de ilusión al recordarlo—. Fue aquella epidemia. Décimus era especialista en enfermedades tropicales e infecciosas. Se declaró una epidemia de cólera terrible, muy fuerte, que se cobró mil setecientas vidas. Todo parecía fuera de control... Hubo incluso un huracán en mayo que mató a unas veinte personas, horrible. Llovió toda la noche, fue tremendo.

Yo la escuchaba atentamente.

—Ya... divago, ¿no?

—No, no, en absoluto, es muy útil tener un testimonio detallado. Siga, siga, por favor: la epidemia...

—Sí, Décimus se obsesionó. Pidió ayuda a dos caballeros... un cura, dómine Riesco, y Urdiales, un venezolano. Décimus estaba desbordado, dormía poquísimos y se obsesionó con la epidemia. Decía que había que parar aquello.

—¿Salía por la noche?

—Sí, a veces le avisaban por algún enfermo, pero otras salía en compañía de aquellos dos, ¡incluso los detuvieron en un cementerio!

—¿Y qué hacían?

Ella ladeó la cabeza. Su cabello, castaño, era hermoso.

—Creo que saquear una tumba. Yo lo debería haber visto venir, pero...

Entonces estalló en sollozos. Le tendí mi pañuelo galantemente esperando que se calmara. Poco a poco volvió a animarse.

—La cosa fue de mal en peor —continuó diciendo—. Protagonizaron un escándalo en la casa de un noble... no, no recuerdo el nombre. Un desastre, aparecieron interrumpiendo una fiesta, con la fuerza pública por medio. Así, hasta que dejó de comer, no dormía, tomaba notas...

—¿Notas?

—Sí, guardaba multitud de recortes, hojas de un diario, cartas... todo en una caja.

La caja.

Sentí un escalofrío al recordar los gritos de Lenoir cuando salía de la celda. Una caja.

Aquella caja podía contener las respuestas. El descenso a la locura de un hombre preclaro y distinguido que se había convertido en un demente, un asesino que había decapitado, arrancado el corazón y quemado los restos de su amado hijo de seis años.

—¿Le vio usted volverse loco?

—Debí darme cuenta. Lo achiqué al cansancio. Parecía ido, expectante, en guardia... Hasta que...

Volvió a estallar en sollozos. Esa vez se cubrió la cara con las dos manos. Los ocupantes de las mesas adyacentes comenzaron a mirarnos con descaro.

—Cálmese, cálmese. Estamos aquí para intentar ayudarlo.

—¿Cree que podría curarlo?

Vi la ilusión en sus ojos. Aún lo amaba. A aquel monstruo.

—Sí —mentí, sin saber bien por qué. Pareció volver a animarse. Me miró.

—¿Por qué mató al niño? —le pregunté de nuevo.

—Por la epidemia. Pensaba que su hijo estaba poseído por un ser horrible, un monstruo...

—Pero él mantiene que era su hijo.

—Sí, luego afirmó que aquel cuerpo no era el de Obdulito sino el de un vecinito alemán que vivía dos casa más arriba.

—Pero Obdulio no apareció.

—No, claro. Los vecinos, un matrimonio y su hijo, Klaus, se habían mudado unos días antes. El abogado de Décimus les escribió y unos familiares le contestaron desde Viena diciendo que estaban de viaje. El niño se encontraba con ellos y todo iba perfectamente. Fue una excusa de su mente perturbada para no reconocer lo que había hecho.

—Así lo creyó el tribunal médico que lo examinó. Y usted... ¿qué cree que le pasó?

Ella miró al infinito.

—Más o menos lo que ya le he dicho. El cansancio y la presión del trabajo le pudieron. Se asoció con esos dos tipos extraños... Poco a poco el miedo a la epidemia fue

creciendo en su interior. Vio morir a muchos niños. Él había perdido a su mujer por el cólera.

—Lo sé.

—Había consagrado su vida a luchar contra la enfermedad y no había podido librar de ella a su propia mujer... Comenzó a percibir el cólera como un demonio que se apoderaba de la gente y no pudo soportar la idea de que su hijo acabara igual. Por eso, antes de que llegara a ocurrir lo mismo, lo mató.

—Yo no lo habría expresado mejor —dije asombrado por aquel análisis preclaro y casi profesional.

—¿Sabe?, era el padre más solícito, el hombre más dulce que conocí jamás. Estudie su caso, estudie, y así quizá pueda evitar que ocurra lo mismo a otros en el futuro. De hecho, hubo una época en que creí que yo también me volvía loca.

—¡Cómo!

—Sí, fue poco después de la detención de Décimus... Tuve sueños raros.

—Sueños. ¡Excelente! Mi maestro cree fervientemente que los sueños pueden proporcionarnos mucha información sobre la psique de una persona. No crea, llegará lejos, es un talentazo. Algo me enseñó. Diga, diga, ¿qué soñaba?

—Por aquellos días visité a Décimus en el manicomio. Salí de allí hundida.

—Lógico.

—Estaba loco, como una cabra. Pero incluso así su mente no era capaz de aceptar lo que había hecho. Decía que Obdulito estaba vivo, que iba por el mundo haciendo el mal y que se había convertido en un monstruo. Decía que

debíamos quitarlo de en medio, que él no podía hacerlo, que llegado el momento le temblaría el pulso pues, a fin de cuentas, era su hijo, carne de su carne. Me insistió en ello, gritó, se puso violento. Aquello debió de impresionarme pues pasé varias noches en las que no dormía bien. Recuerdo que tuve una pesadilla horrible y tan nítida que por un momento me asusté, pues creía que todo era real. Yo estaba durmiendo en mi alcoba y desperté sobresaltada. No sé si alguna vez le ha ocurrido que su sueño se vea interrumpido por un gran susto, un estremecimiento inmenso que nos hace sentir que un gran mal acecha, como si hubiera algo observándonos y a punto de abalanzarse sobre nosotros.

Sonreí y dije:

—Ocurre, ocurre.

—Bien, pues tuve esa sensación y desperté. Encendí la vela que tenía en mi mesita y eché un vistazo sin salir de la cama. No había nada, aunque, de pronto, en la sombra que proporcionaba la cómoda en un rincón, junto a la ventana, creí ver algo, unos ojos brillantes. Levanté la vela en esa dirección y vi a un niño, agachado, en cuclillas. Con un pantalón corto, unos calcetines largos enrollados en los tobillos y un blusón negro con un inmenso cuello blanco. Era Obdulito, no había duda, era muy bajito pues siempre había padecido de asma, un niño enfermizo —quizá por eso enloqueció su padre—. Me miraba desde el fondo de unos ojos malignos, estaba pálido y ojeroso, y sus labios eran rojos, muy rojos. Bufó como un gato y yo me asusté. «Te quería», me dijo.

»Sentí que un gran peso me envolvía la cabeza y mis párpados se cerraron. Me mareé y perdí el sentido. Cuando desperté era de día y todo me pareció tan real...

—A veces ocurre que un sueño resulta tan palpable que se tarda un buen rato en volver a la realidad, al mundo consciente.

—Sí, sí, eso fue... Entonces me acerqué al rincón y no vi nada, claro... excepto una sustancia negra, viscosa.

—¿La ventana estaba abierta?

—Sí, claro, era verano.

—¿Excrementos de paloma?

—Algo así, sí, pero negro. ¿Qué le parece? ¿Me rondó la locura?

Yo reí abiertamente.

—No, no —dije—. Es completamente normal. Décimus le habló del niño a quien usted tanto quería y le dijo que estaba vivo. Usted lo vio en sueños como una prolongación de lo que deseamos pero que es imposible que ocurra.

—Es lo lógico, sí —dijo ella y sonrió de manera trágica—. Ahora debería irme. Sé que hará usted cuanto pueda. Le agradezco su interés por Décimus. Avíseme si consigue avances, por favor.

Salí de allí con un enorme complejo de culpa. Le había mentido. ¿Qué iba yo a poder hacer por aquel desgraciado? Para rematar aquella actuación mía de la que tan poco podía enorgullecerme, justo cuando me despedía de aquella bella dama junto al paseo del Prado dije:

—¿Y sus notas?

—¿Cómo?

—Sí, las notas que el doctor guardaba en una caja.

—Debieron de quedar en la casa —me respondió a la vez que me decía adiós con la mano.

Después de ver alejarse a tan distinguida dama sentí una punzada en mi interior. Estaba a un paso, como quien dice, de la calle de las Huertas. ¿Qué me costaba acercarme y preguntar si conservaban algún objeto de los anteriores inquilinos? No era consciente entonces de lo que me deparaba el destino ni de la trascendente decisión que estaba tomando, así que, como la ignorancia es muy atrevida, encaminé mis pasos hacia aquella casa maldita que luego deseé no haber visitado.

Cuando llegué a la puerta era de noche, más de las ocho. Me quedé de piedra al ver que la casa estaba abandonada y cerrada a cal y canto. El inmenso portón de acceso aparecía sellado pero aquello, lejos de desanimarme, me alentó a rodear el inmueble para echar un vistazo a la parte trasera.

Me pareció evidente que nadie habría querido comprar una casa que, como aquella, había sido escenario de tan horrible crimen. Allí me encontré con que el portón que debía de dar acceso a los carruajes y las caballerizas, por donde debían de entrar los proveedores y el servicio, se bamboleaba semiabierto, aunque ambas hojas estaban sujetas por una recia cadena con un formidable candado. Un hombre que fuera delgado —y yo lo era en aquel entonces— podía colarse entre ellas de lado.

Oí risas y vi a dos pilluelos, dos críos de la calle que permanecían sentados sobre papeles de periódico y trozos de cartón. Se ve que dormían allí, en la misma acera. Aunque aquella zona no estaba bien iluminada aún se adivinaban algunos transeúntes embozados en sus capas para protegerse del frío, así que descarté la idea de entrar.

¿Estaba loco?

Al fondo se insinuaba la silueta de la iglesia de Jesús de Medinaceli, y vi que se acercaba un paisano con una señora del brazo por la calle que llamaban de Cantarranas, una prolongación que unía Lope de Vega con el Prado. Había algo de tristeza en el ambiente, como suele suceder en las noches invernales, que incitaba a buscar el calor del hogar, un lugar más tranquilo y acogedor.

Ahora comprendo que era joven e inconsciente. Sin saberlo estaba resuelto a entrar.

Entonces recordé a los cuñados del doctor Lenoir y volví a la más iluminada calle de las Huertas. Me acerqué a la casa en cuestión y miré mis notas. Pregunté por doña Angustias y don Germán, y la doncella que me abrió me dijo que ya no vivían allí. La casa había sido adquirida por nuevos propietarios.

Yo dije pensando en voz alta:

—Entonces ¿se fueron?

Ella me miró despectivamente, como si yo fuera un idiota, y repuso:

—¿Dónde ha estado usted metido todos estos años, en una cueva?

Y me cerró la puerta en las narices. Hacía frío y tenía hambre, así que me fui a buscar una tasca o un bodegón. Hallé una taberna en la esquina de San José con Lope de Vega y cené bien: callos, pan, dos vasos de vino, un queso excelente y varias tazas de café con chispazo. Me entretuve escuchando las francachelas de la parroquia y leí un buen rato. Tuve la precaución de comprar un par de velas al dueño del local.

Cuando salí de allí eran las once menos cuarto y no se veía un alma. Me llegué a la trasera de aquella casa maldita

y me deslicé entre las hojas de la puerta mal cerrada. Tras pasar un arco que tenía dos estancias a ambos lados, me hallé en un patio empedrado, amplio. Allí era donde se había cometido aquel crimen. Sentí que se me helaba el alma. Como hombre racional que era no creía en fantasmas, pero siempre he pensado que los actos extraordinarios impregnan de energía los lugares en que se producen. Vamos, que estaba asustado.

No podía olvidar que allí se habían cometido actos horribles y sacrílegos, de los que es mejor no tener noticia en esta vida. Caminé a paso vivo hacia la casa, a la que accedí con facilidad por una puerta con una hermosa cristallera —o al menos antaño debió de serlo— tras subir cuatro o cinco peldaños de una escalera que daba acceso a la vivienda. Encendí la primera vela. Entré.

El viento hacia golpear los postigos y aullaba. Las telarañas caían desde las añosas lámparas que, cubiertas por sábanas, parecían fantasmas mecidos por el viento. Estaba en la biblioteca. Eché un vistazo aquí y allá, ayudándome con la vela. Nada parecido a una caja. Examiné un salón amplio que daba a la calle y un gran comedor. Miré en la cocina y en un pequeño despacho. Nada. Subí la escalera, que era amplia, de mármol, escuchando cómo resonaban mis propios pasos. Entonces reparé en que estaba haciendo una locura. ¿Y si alguien veía luz desde el exterior y llamaba a la fuerza pública? Me tranquilicé. No había problema. Estaba investigando un caso a petición de las autoridades, bueno, y por iniciativa propia, claro. Nada podía pasarme.

Miré en los dormitorios y no hallé nada. Incluso encontré una escalera que subía a un palomar que hallé vacío.

Justo cuando entraba, un aleteo hizo que me agachara violentamente, no sin llevarme un susto de muerte. Alguna paloma perdida. Bajé a la planta principal muy desanimado.

Entonces pensé: un sótano.

Debía de haber un sótano. Volví a la cocina y nada hallé. Salí al patio y entonces la vi. Una trampilla rectangular, como una puerta clavada en el suelo que gemía batida por el viento. Me asomé acercando la vela y vi una escalera que se perdía en la oscuridad. Bajé.

Fue la peor decisión de mi vida.

Justo cuando llegué abajo sentí una insoportable oleada de un olor asqueroso a podrido, a materia muerta, a cieno y a orín. Entonces vi una sombra y una ráfaga de viento apagó mi vela. Oí pasos, pequeños y rápidos, como los de un niño que corría.

Me volví y me pareció ver, tras una columna y gracias a la tenue luz de la luna que llegaba desde el hueco de la escalera, que una figura bajita, negruzca y regordeta corría a esconderse.

Fue cosa de un momento, pero lo vi. Seguro. Me dirigí hacia la salida.

—¿Quién va? —grité.

Un nuevo aleteo sobre mi cabeza me hizo agacharme y perder la vela.

—¡Malditas palomas! —grité.

Tropecé y a punto estuve de dar con mis huesos en el suelo. Me senté en un escalón y encendí la vela que me quedaba. La otra debía de yacer oculta en el suelo, en la oscuridad. En cuanto se hizo de nuevo la luz me tranquilicé. Bajé poco a poco y fui hacia donde había aparecido aquella figu-

ra, quizá uno de los niños vagabundos que había visto en la calle y que se colaban a dormir al abrigo del frío y el viento en aquella casa abandonada que nadie querría visitar.

¡No había nada!

Eché un vistazo en aquel sótano atestado de trastos, pero no vi a nadie.

—¿Estás ahí? No temas —dije. Pero nadie apareció.

Entonces sentí que mis pies se pegaban al suelo y me agaché iluminándome con la vela. En aquel rincón del sótano el suelo permanecía cubierto por una suerte de mucílago negro. Al tocarlo noté que era muy pegajoso pues me impregnó los dedos, que me acerqué a la nariz. ¡Olía a vómito! Quizá peor. Una mezcla de hedor a cieno, a podrido, a cadáver con cierto matiz acre.

¿Qué era aquello?

Sentí miedo pues recordé el sueño de Helena Amate y aquella misma sustancia negra. Entonces la vi. Sobre una mesa. Mi objetivo, sin duda, una caja con una etiqueta. Me acerqué. Decía: notas, y contenía varios recortes de prensa, hojas sueltas, un diario, cartas y otros documentos.

Sentí que el viento arreciaba de nuevo. Un aullido. Cogí la caja con ambas manos y una nueva ráfaga apagó mi última vela. Salí corriendo, a escape, siguiendo la claridad de la escalera. Cuando me vi en la calle, tras atravesar el portón trasero, respiré aliviado.

Tomé un aguardiente en la taberna en que había cenado para recuperar el ánimo y me fui a mi pensión: tenía trabajo.

Me llevó mucho tiempo recomponer aquel rompecabezas, ordenar la secuencia cronológica de sucesos, de cartas, de

memorandos que me sumergieron en una gran —«terrible» sería un calificativo más correcto— aventura que no terminaría con esta historia.

He ordenado, resumido y reescrito la información dejando a disposición, distinguidos lectores, los documentos que nos permitirán entender lo que de verdad pasó en aquellos días de la epidemia. Espero que sepan ustedes apreciar esta información en lo que vale y que actúen en consecuencia, como personas de bien y devotos cristianos.

A veces la ciencia no es la única respuesta; de hecho, a mí no me permitió aventurar en qué desgraciada senda me adentraba. Y sí, lo sé, sé que mi visita a aquella extraña casa, el sueño de Helena Amate, el mucílago negro, el niño que creí ver en aquel mal hallado sótano... eran... eran claras señales que apuntaban en una sola dirección, pero yo era joven, hombre de ciencia e inconsciente.

Queda en mi descargo lo que hice después, aunque eso es otra historia...

En los espacios donde puede haber lagunas en la narración, he completado yo mismo lo sucedido, pues ahora conozco todos los hechos. Además, tuve la ocasión de hablar con los protagonistas e incluso conseguí algunas cartas que no se hallaban en la famosa caja del doctor Lenoir. Sé que notarán que de joven tuve veleidades literarias que, afortunadamente para la humanidad, se apagaron con el paso del tiempo. Es por esto que pido disculpas por si en algún momento la narración de algunos hechos llega casi a la novelización. Espero que el cielo me dé fuerzas para acabar con mi tarea.

Allá vamos.